

Metternich y el Murciélago

Por Diego DE MESA

Dibujos de Juan SORIANO

Fue a la salida del café en una tarde de verano. El calor húmedo de las calles recién regadas estaba impregnado de olor a acacia. Bajaba yo lentamente por la acera de la sombra y me detuve a leer las carteleras. Una tira grande de papel rosa anunciaba el circo Bernard. Se leían los nombres de payasos, prestidigitadores, domadores y malabaristas. Con caracteres más grandes se veía escrito: "Mademoiselle Berleimes y sus caballos", más abajo: "Los Pájaros Humanos". El mismo programa que yo había visto hacía justo quince años. Lo recordaba perfectamente; era la primera y única vez que yo había estado en un circo. Fue también el día en que mi madre tuvo su primer gran ataque de nervios; el 29 de junio de 1840, santo de mi padre. Yo era entonces muy pequeño, ocho años apenas, y sin embargo no había olvidado ningún detalle de aquel día azaroso, un día hito, de éstos que quedan como señal en la vida de uno.

El nombre de mademoiselle Berleimes traía a mi mente una figura delicada de mujer. Aquella *écuyère* maravillosa que con traje blanco de bailarina y penacho de plumas sonreía encima de su caballo.

Recuerdo que ese día nos levantamos muy temprano. Me pusieron el traje de terciopelo con encajes reservado para las grandes solemnidades. Mi hermana estaba ya en el cuarto de mi padre cuando yo entré, y le ofrecía unas zapatillas de seda roja bordadas por ella misma. Yo le regalé una cigarra de plata que mi madre acababa de ponerme en las manos. Mi padre parecía feliz. Después de besarnos comenzó a repartir los regalos que tenía para nosotros. A mi hermana un traje de seda azul con tules blancos y lazos granate; un traje de mujer —mi hermana debía tener entonces unos quince años— y a mí un rompecabezas y un circo en miniatura, con sus leones, sus domadores y sus trapecistas. Aquello fue lo que más me gustó. Luego fuimos a misa los cuatro. Yo estaba muy inquieto y mi madre tuvo que llamarme la atención varias veces porque permanecía sentado cuando todo el mundo se arrodillaba y de rodillas cuando todos estaban de pie — nunca he sabido cuándo hay que levantarse y cuándo que sentarse, en misa. Ante mí, el altar lleno de oro y luces se me antojaba un circo fantástico en el que los ángeles, barrocos contorsionistas, se descoyuntaban entre volutas, uvas y retorcidas columnas. San Miguel parecía próximo a saltar sobre nosotros balanceándose en la dorada lanza que hundía en las fauces de la sierpe.

De vuelta corrí a mi cuarto para disfrutar de los nuevos juguetes. Sabía que la sala se iría llenando poco a poco de gente, que me llamarían a mí, que tendría que besar a todas las tías, aguantar en mis mejillas las palmaditas de los señores y repetir una y mil veces el "*maitre corbeau sur un arbre perché...*", todo bajo la vigilante mirada de mi madre. Efectivamente, a la tercera o cuarta vez que ordenaba mis payasos llegó la orden parentoria:

—Lávate las manos y ven a la sala.

No tuve más remedio que obedecer a pesar mío.

Mi padre recibía en la puerta a las visitas:

—Señor don Pedro, que los tenga usted muy felices en compañía de la familia y de todas las personas de su mayor estimación y agrado.

—Muchas gracias, amigo don Tal, aprecio mucho el favor de usted —contestaba mi padre.

A veces era un criado el que llegaba, portador de tantas tarjetas como individuos tenía la familia felicitante, y el nuestro las recibía y las colocaba sobre un velador extendidas en un cepillo especial para tarjetas.

En el salón mi madre atendía a las visitas ayudada por mi hermana, cuyo traje nuevo estaba pasando en aquel momento por la severa crítica de las tías. Yo tuve que besar todos los blancos rostros y contestar cortésmente cuanta pregunta se me hacía. Afortunadamente dejaron tranquilo mi francés y a "*maitre corbeau*". Mi madre, preocupada por el traje de mi hermana, no se ocupó de mí hasta el momento en que los criados comenzaron a depositar sobre el glacis de las mesas las bandejas de plata, colmadas de dulces y bizcochos artísticamente colocados formando castilletes, a los que defendían los cañones de sendas baterías de botellas.

En la bandeja más próxima elegí con los ojos el dulce que me gustaba y decidido al asalto me encaminé a la muralla sin que me hiciesen retroceder los flechazos que me lanzaba

mi madre con su mirada. No pretendía yo hacer más que una brecha en el muro, pero mi objetivo estaba mal colocado y, al sacarlo, todo el castillo se vino abajo. Entre los dulces escombros asomaban las bocas de aquellos cañones que no habían disparado un solo tiro. Pero la plaza estaba defendida por fuera: vi a mi madre palidecer y temblar ante mi osadía. Rápidamente se interpuso entre los derruidos muros y yo; de un manotón me hizo soltar la codiciada presa y, dándome un empujón disimulado pero fuerte, me apartó de la mesa. Seguidamente, como si hubiera venido solamente a eso, cogió una de las botellas y comenzó a ofrecer a las personas que más cerca tenía:

—¿Una copita?

—Si usted se empeña, le haremos gasto. Que volvamos a reunirnos de hoy en un año.

—¡Gracias!

Yo sabía que esto no era más que un ardid suyo para tapar la tragedia doméstica; después vendrían las represalias, la escena en que mi madre aparecería como una pobre víctima que toda la mañana había estado trabajando en aquellos castilletes para que luego yo, monstruo sin entrañas, los destruyera de un golpe y la pusiera además en ridículo. Como final, la víctima pegaría al monstruo y el monstruo lloraría.

Me iba alejando hacia la puerta siguiendo el muro de la habitación, pero mi madre, atravesando por lo más corto, venía a mi encuentro. Se detuvo ante un señor de aspecto grave.

—¿Otra copita para remojar ese bizcocho?

—Gracias, no más, es bastante.

—Es muy suave, no tenga usted cuidado, es licor de damas —insistía mi madre sin perderme de vista.

—Entonces, a su salud, señora.

Nos encontramos en la puerta; agarrándome de un brazo tiró de mí hasta la cocina.

—Idiota, más que idiota —gritó al tiempo que me daba dos cachetes. Yo lloré, ella chilló, dijo que la estaba matando a disgustos. Después me lavó la cara y conjurándome a no hacer más tonterías volvimos al salón. Allí mi padre me llevó consigo acariciándome la cabeza. Yo sabía que esto, además de un consuelo, era una protesta muda contra la tiranía materna. Mi hermana, eterna aliada de mi madre, al pasar cerca de mí me tiró un pellizco, yo le di una patada.

Las visitas se habían ido yendo y sólo quedaban las que iban a comer con nosotros. Esperábamos al tío Hipólito, que siempre llegaba tarde, cuando entró el criado con un ramillete de dulce y en artística tarjeta unos versos que decían:

*Con la mayor alegría
y afecto el más entrañado,
felicitó su cuñado
a Perico en este día.*

Tío Hipólito estaba enfermo y no podía acompañarnos. El ramillete que enviaba para disculparse fue celebrado por todos. Durante la comida no se habló de otra cosa y a la hora de los postres decidióse que cada uno había de improvisar una "bomba" sobre el pie forzado "a Perico en este día". El primero en levantarse fue un señor gordo, no sé si de la familia o no, de quien todos se hacían lenguas por su gracia e ingenio. Después de toser un poco, llevándose una mano al pecho y enarbolando en la otra una copa exclamó:

*No sé yo lo que diría
(si hoy este día no fuera
y fuera un día cualquiera)
a Perico en este día.*

Rieron todos muchísimo. Mi hermana y dos amigas suyas daban palmadas de gozo; tía Anastasia dijo que era un hombre "de estro feliz y fácil", pero a mí no me gustó nada. Luego recitaron otros señores y también tía Anastasia, que pasaba por mujer muy ocurrente. Hubo después un silencio largo y cuando parecía que las improvisaciones habían acabado, un señor pequeñito, requiriendo la atención general con unos golpes de cuchillo en su copa, propuso un brindis:

*Liba, ilustre compañía,
por la señora primero,
y que beba hasta el portero
por Don Pedro en este día.*



1. primer 63.

Esta cuarteta me gustó porque hablaba de Telésforo el portero. Su autor no debía ser muy amigo de la casa, porque decía don Pedro, en lugar de Perico, otra de las razones porque me gustaron más sus versos; a mí me molestaba mucho que llamasen Perico a mi padre. Hubo, sin embargo, mucha gente que dijo que estaba muy mal porque no acababa exactamente como debería acabar y decía "por don Pedro" en vez de "a Perico" o "a don Pedro". De todos modos se decidió mandar una botella al portero.

También mi hermana recitó unos versos, mas como los tenía aprendidos desde antes, no eran graciosos ni tenían que ver con los de tío Hipólito. Creí que había llegado para mí el momento terrible del *maitre corbeau* y me puse a temblar. Pero aquella vez fue mi madre la que me salvó. Se levantó entre los aplausos de todos y mi asombro, anunciándonos que ella también iba a improvisar. Trató mi padre de disuadirla, cosa inútil estando ella empeñada en hacerlo, animáronla los demás, hizose el silencio y declamó mi madre con firme voz:

*Aunque no sé improvisar,
por ser la esposa, quería
felicitar
a Perico en este día.*

Los versos estaban un poco cojos pero quizá por eso mismo tuvieron más éxito que ningunos. Mi padre reía de buena gana y todos felicitamos a mi madre quien, sorprendida de su propio talento poético, había sido la primera en aplaudirse. Olvidada completamente del desastre del castillo, estaba radiante de dicha, me miró con unos ojos que querían decir paz y para sellar solemnemente la reconciliación prometió llevarme al circo Bernard esa misma tarde, a la tanda de las cuatro para estar a las seis de vuelta en casa. Yo di un brinco en mi silla que estuvo a punto de echarlo todo a perder. En cuanto me dieron permiso para levantarme de la mesa, volé a arreglarme y a los cinco minutos esperaba con el sombrero puesto, encaramado en el pescante al lado del cochero. Cuando al cabo de una hora bajaron mi madre y mi hermana fui violentamente conminado a abandonar aquel lugar so pena de quedarme en casa.

Al entrar en el circo la función había comenzado. En medio de la pista, sobre una alfombra roja, un señor sacaba palomas y pañuelos de su sombrero; al rato se detenía, enseñaba al público el interior de su chistera vacía y cuando intentaba ponerla, nuevas palomas, patos y hasta huevos salían de allí. Renunciando a tan incómoda prenda se puso a jugar a las cartas y, por último, antes de retirarse, arrancó el mantel de una mesa sin tirar ninguno de los platos y copas que tenía encima.

Comenzó a tocar la orquesta y salieron los tontos que se pegaban y daban volteretas por el suelo estorbando a los empleados que habían salido a recoger la alfombra. Recuerdo después unas focas y unos perros sabios. Un hombre y una mujer que hacían mil cosas en un velocípedo y, como una aparición del cielo, la entrada de mademoiselle Berleimes en su caballo. Primero salió un caballero de frac verde a anunciarla; a un ademán suyo los músicos atacaron un *galop* y por las puertas de las cuerdas apareció la *ballerina equestre*, amazona en un caballo blanco que bailaba al compás de la orquesta. Con un leve corpiño negro que dejaba brazos y cuello desnudos, falda de tonelete, penacho de azules plumas en la cabeza y suaves mallas blancas, mademoiselle Berleimes, sosteniendo en alto la lira de sus brazos, sonreía al público. Era muy hermosa y muy joven. En el centro de la pista, subido en una mesa, el caballero de la verde casaca hizo restallar su látigo; el caballo se ponía de manos y mademoiselle Berleimes inclinaba graciosamente el cuerpo hacia adelante. Por un momento los penachos del caballo y la amazona formaban un solo haz de plumas. Después comenzó a dar vueltas a la pista de pie sobre la bestia, rápida unas veces, despacio otras, sosteniéndose en la punta de un solo pie, adelantando levemente el busto, que más que un equilibrio parecía sostenida por los ángeles o colgada del velo rosa que el aire agitaba en sus manos. Yo no me cansaba de verla. Siempre sonriente, maravilloso el rostro enmarcado por el ébano de su pelo partido en bandós, volaba y volaba ante mis ojos. Durante todo el número me sentí como transportado a un sueño, casi no respiraba por temor a despertar. Al final me hicieron volver en mí los aplausos. Mademoiselle Berleimes salió varias veces a recoger las ovaciones, luego hacía retroceder lentamente el caballo, que también saludaba inclinándose cortés. Yo aplaudía, aplaudía más fuerte que nadie y mis palmadas fueron las últimas que sonaron solas un momento con gran indignación de mi madre, a quien enojaba sobremanera aquella ruidosa muestra de mal tono. Además ella estaba muy inquieta. Había ya mirado varias veces su reloj, pero al verse sorprendida en su gesto me había sonreído para tranquilizarme. Sin embargo, yo sabía

que estaba pensando en la casa, en la gente que estaría a punto de llegar y en las mil cosas que tenía que hacer. También sabía que mi madre se daba cuenta de que yo leía sus pensamientos y me temía. Ahora, cuando lo recuerdo, imagino que he debido ser un niño verdaderamente molesto.

Faltaba el último número, el más sensacional. Mientras tomaba un refresco, vi que desenrollaban unas cuerdas que, recogidas en el techo, no había yo reparado en ellas hasta entonces. Se acercaba la atracción máxima: Los Pájaros Humanos.

En la pista varios hombres arreglaban los trapecios. Amarraban una escala al de la derecha. De la barra del otro colgaba una maroma larga cuyos cabos llegaban casi al suelo. Después los subían, los volvían a bajar y de nuevo a subir, hasta dejar el de enmedio un poquito más alto que los otros. Ataron luego a unas estacas las cuerdas con que los jalaban, las probaron, las encontraron bien y se fueron.

Sólo tres personas quedaron en la pista, dos hombres y una mujer. Se quitaron las batas, los pañuelos que les envolvían el cuello, apareciendo, en mallas rojas y camisetas verdes, Los Pájaros.

Ella era delgada, pequeña, fea. Levantaba los brazos y se inclinaba para saludar como la Berleimes, a derecha e izquierda, pero no era lo mismo. Vestía un faldellín, rojo también, sobre las mallas.

Ellos, uno más fuerte y más alto que el otro, me parecieron mejor. Saludaban pausados, sin correr, alzando un solo brazo con el puño semicerrado y el otro atrás. Llevaban muñequeras, que me impresionaron tanto. (Días después, en el colegio, conseguí una a cambio de mis tres bolas grandes de cristal, con hilos verdes y amarillos presos dentro. Me la apretaba a la muñeca para congestionarme la mano y que se viera roja, hinchada y fuerte como la de Los Pájaros.)

La orquesta tocaba una marcha pomposa y metálica. Los Pájaros pequeños treparon ágiles por la escala de su trapecio. El mayor, caminando lentamente como un buey, los hombros subidos y el pecho abultado, fue hacia el cable que colgaba del suyo para subir a pulso, doblado el cuerpo por la cintura, las piernas rectas oscilando como un gran péndulo sobre la pista vacía, mientras muchos aplaudían tanta fuerza, y en lo alto sus hermanos, columpiándose suavemente de pie en la barra, ofrecían aquel esfuerzo al público volteando cada uno la palma de su mano libre en un gesto lleno de gracia y elegancia.

Cuando ya todos estaban arriba, salió Monsieur Bernard, el director del circo. Y los miraba y se llevaba las manos a la cabeza y decía que no, y ellos que sí, y él vuelta otra vez que no, y ellos que bueno... que lo que él quisiera. Total, que tendieron una red como a unos dos metros del suelo.

Yo hubiera preferido lo que Los Pájaros querían, pues aquello era como quitarles mérito. Pero resultó igual, porque al minuto volaban por el aire seguros, decididos, precisos en sus movimientos, sin importarles nada que hubiera o no red, sin mirarla siquiera.

Primero el Pájaro mayor se colgó de los brazos y empezó a darse impulso con el cuerpo y las piernas hasta dar la vuelta completa. Y luego otra, y otra, y otra... Al principio había habido un momento en que, al llegar arriba, casi se detenía y parecía que no iba a poder. Yo le ayudaba apretando los dientes, tensando mi cuerpo como un arco, y... ¡podía! Cada vez con mayor facilidad, más de prisa. Y conforme aumentaba la rapidez de las vueltas, crecía y crecía el redoble de tambores que le animaba, le impulsaba y apenas si podía seguirle al final, cuando el ruido de los aplausos lo ahogó todo.

Fascinado, girando la cabeza al ritmo de las vueltas, no vi que el otro Pájaro había saltado al trapecio de enmedio, donde se balanceaba colgado de las piernas. La Pájara, enfadada de que no le hicieran caso, se columpiaba de espaldas a todos tan tranquila, echando el cuerpo atrás y los pies adelante en las subidas, invirtiendo la postura en las bajadas, como si lo único que le importara fuese seguir el compás de la música — era un vals lo que tocaban. Pero de pronto, al llegar cerca del otro trapecio, se dejó caer de espaldas, los brazos en alto, dando un grito agudísimo que produjo un silencio total, a tiempo justo de que su hermano la agarrara por las muñecas en el aire.

Fue un momento de gran emoción, a partir del cual no iba yo a tener un instante de reposo porque, apenas agarrada, la volvía a soltar llegando al otro lado, y el Pájaro mayor, colgado igualmente de las piernas, la cogía por los tobillos, se la devolvía luego al pequeño, éste al mayor, y así no sé yo cuántas veces.

Y cuando parecía que aquello no terminaría nunca, se detuvo de improviso. El que la sostenía por las muñecas no la soltó, pero el otro la agarró por los tobillos. Quedaron casi inmóviles los tres en el aire, formando un arco humano de trapecio a trapecio. Arco que comenzó luego a moverse, con un ligero

vaivén primero, que fue tomando impulso poco a poco y que se rompió cuando más fuerte era.

El que la tenía asida de los tobillos soltó a la Pájara y ésta, trazando casi medio círculo en el aire, se soltó de las manos del otro para colgarse nuevamente de la barra de su trapecio.

Después, sin darnos descanso, lanzando gritos entrecortados para animarse, empezaron los tres a cambiarse de lugar haciendo girar sus cuerpos en el aire, soltándose de espaldas cuando más altos estaban para agarrar de frente, en la bajada, la barra del trapecio que el otro había dejado libre.

Por último, ella se dejó caer en la red, que la recibió blandamente y la devolvía suavemente también, cada vez más suave. Luego descendió el Pájaro pequeño con un salto mortal, y finalmente el mayor, dando dos volteretas en el aire.

Y mientras el circo entero aplaudía y gritaba, ellos saltaban en la red con una facilidad, con un gusto, que me hacía a mí saltar también imaginando ya cómo podría hacer ese número en casa.

Una mano firme y conocida me inmovilizó. Yo no quería mirar a mi madre por no leerle la impaciencia en los ojos.

Los Pájaros salían a saludar, se iban, volvían y, como los aplausos no cesaban, acabaron por quedarse.

Se hizo el silencio. Llamaron a Monsieur Bernard, que comenzó de nuevo a hacer aspavientos, pero se dejó convencer. Y mientras quitaban la red, Los Pájaros tomaban posiciones para repetir el número sin protección alguna.

—¡Jesús, qué barbaridad! —exclamó mi madre levantándose.

La miré, me miró, vio su reloj, vio a Los Pájaros que subían, tuvo un momento de duda y se decidió sacudiendo la cabeza como quien se espanta un mosquito.

—Vámonos. Es tardísimo. Y además no quiero ver cómo se estrellan esos imbéciles. . . Ni que nos caigan en la cabeza.

Yo le lancé una mirada de súplica, pero fue inútil. Me agarró de un brazo. Dio un grito a mi hermana, que caminaba como una idiota, vuelta la cabeza hacia atrás, y nos sacó del circo a empellones ahuecándose el boa y afianzando los agujones en su sombrero.

El regreso fue silencioso. Yo pensando en el circo. Mi madre pensando en sus invitados. Y mi hermana pensando que debía pensar en lo que mi madre pensaba.

El cloc-cloc de los caballos sobre el empedrado me trajo a la mente la figura delicada de la Berleimes. ¡Si la Berleimes hubiera volado de su caballo a los trapecios! Luego, otra vez, Los Pájaros.

—¿Se pueden caer si no hay red, mamá? —pregunté rompiendo el silencio.

—Claro que se pueden caer —repuso. Y añadió indignada, como si ya se hubiesen caído—: Y darnos el espectáculo.

—Pero, ¿se pueden matar? —insistí.

—Matarse. . . matarse. . . No, no se pueden matar —decidió tras un leve titubeo, convencida de que la muerte no debía entrar para nada en las diversiones de los niños.

—No se pueden matar —intervino mi hermana— porque tienen los huesos de goma.

—¿De goma? —interrogué incrédulo.

—Bueno, como de goma. ¿No sabes que a los niños que van a ser cirqueros les rompen sus papás los huesos cuando son pequeños para que puedan hacer todo lo que hacen sin que les pase nada?

—Y ¿por qué de pequeños?

—Porque de pequeños no les duele. Como a mí cuando me abrieron las orejas. ¿Verdad, mamá? —dijo mi hermana volviéndose hacia mi madre en busca del apoyo acostumbrado. Pero el apoyo le falló.

—Eso son necedades —cortó mi madre—. Ya no tienes edad de decir tonterías. —Y dando por terminada la conversación, gritó al cochero—: Más de prisa. No vamos a llegar nunca.

El cloc-cloc de los caballos se hizo cloc-cloc-cloc-cloc, y yo vi otra vez a la Berleimes de puntas sobre el arzón de su montura. Era mucho más guapa que la Pájara. La Pájara era fea, pero ya en el aire no se notaba. Si la Berleimes hubiera sido la Pájara. . . y el trote rápido de los caballos se convertía en acompañamiento de un número fantástico en que la *écuyère* era rapada por uno de los Pájaros en su vuelo, saltaba de trapecio a trapecio y volvía a caer lentamente, como si no pesara, sobre la bestia emplumada que había seguido dando vueltas a la pista midiendo su galope para recibirla en el instante preciso.

Cuando llegamos a casa eran casi las siete.

—Tardísimo —dijo mi madre al bajar, mirando por centésima vez su reloj. Y desde el portal hasta su cuarto fue dando órdenes y contraórdenes perentorias que mantenían inmóviles a los criados.

Comprendí que no se me permitiría cenar en el comedor con todos y, sin decir nada, me fui derecho a la cocina.



Tampoco estaba allí mi lugar esa noche. La cocinera, medio oculta tras un montón de cazuelas humeantes, tapando unas, destapando otras, removiendo los guisos con su cuchara de palo y probando de todos, me recibió con mal gesto.

Yo, olvidando por completo el circo, me acerqué a la mesa de mármol donde los dulces se me ofrecían desplegados y sin defensa esta vez: el flan blando y tembloroso recubierto de caramelo, las fuentes de natillas con bizcochos e islotos de chantilly, los suspiros de vainilla, las tartas de chocolate y de limón, la leche frita, el arroz con leche y el enorme pistacho tostado por fuera y tiernísimo por dentro, el orgullo y el secreto de la familia, el postre napolitano cuya receta transmitida oralmente de madres a hijas, enriquecida, transformada y aumentada en cada generación, llegaba hasta nosotros desde los tiempos del virreinato. Sólo mi madre sabía hacerlo, y antes de ella lo había hecho la madre de mi madre, y la madre de mi abuela, y la abuela de mi abuela. . . "Hija, ¿qué le pones que está tan rico?", le preguntaban sus amigas. "¡Ah. . .!", exclamaba ella sonriendo misteriosamente. "Se hace solo; es muy sencillo. En Italia dicen que lo come todo el mundo." Y guardaba celosamente el secreto sin sospechar la pobre que nunca habría de revelárselo a mi hermana.

De todas las posibilidades, la única que podía pasar desapercibida era un bizcocho empapado en natillas con su montoncito de chantilly. Iba ya a alargar la mano, cuando se interpuso la cocinera para quemar con una plancha ardiente la superficie blanca y canela del arroz con leche. Al mismo tiempo se oyó una voz en el pasillo:

—El niño cena en su cuarto —y entró mi madre en la cocina sin verme.

Sosteniendo con la mano izquierda la cola de su bata blanca de encaje y caminando de puntillas para no mancharse, parecía una paloma revoloteando por entre pucheros, flores, helados, dulces y verduras. Su índice diestro, finísimo, era la varita mágica a cuya señal se componían los ramos, se cubrían de ricos adornos las tartas, de hojas verdes los pescados, surgían horribles aves desnudas, que por su encanto se revestían de plumas cual si estuvieran vivas.

Yo la veía y pensaba que podría haber sido una Berleimes maravillosa que se llamara la Paloma. La Paloma y su caballo. "Señores —diría yo, haciendo de domador—, ahora van ustedes a ver. . ."

—Tú, a tu cuarto —dijo la Paloma descubriéndome de pronto. Y sus ojos eran de Gavilán.

Hubiera sido mejor trapecista. Una trapecista hermosa y valiente que se llamara unas veces Paloma y otras Gavilán, según que fueran los números más o menos peligrosos. O, mejor, la Paloma-Gavilán.

El Gavilán volvió a mirarme y salió de estampida.

Cené en mi cuarto, sin postre, que no me lo trajeron por no empezar ninguno antes de llevarlo a la mesa. Prometieron traerme un pedazo de pistacho al rato.

Tugué con el circo en miniatura, pero era imposible hacer lo que yo quería con aquellos muñecos tiesos de barro. Me cansé pronto.

El balcón estaba abierto y por él llegaban los ruidos del patio, la voz interior de la casa. En el tocador, mi madre obligaba a su doncella a que le apretara el corsé. Mi padre leía el diario en su despacho y hacía comentarios en voz alta, los mismos de siempre: "¿Adónde vamos a parar?... ¡Ya lo decía yo!... ¡¡¡Esta señora!!!" —la señora era la reina.

De la cocina salía de cuando en cuando un grito, y de abajo los relinchos y las patadas de los caballos. Me asomé para respirar en la noche pesada de junio ese vaho caliente que subía de la cuadra. Olía igual que el circo. Arriba empezaban a brillar las estrellas. Esperé hasta ver a Vega, la más alta de todas, siempre encima de nuestras cabezas, la que pareciendo tan lejana es la que más cerca está de la tierra, porque su luz azul sólo tarda veinte años en llegar a nosotros. Yo sabía eso, y sabía también que la luz de otras estrellas tardaba en llegar millones de años, millones de millones de meses, billones de semanas, trillones de días, trillones de días, trillones de días... y así seguía repitiendo, cuando al cielo miraba, hasta que la frase se me transformaba en "llones de diastri", y me escapaba de la pesadilla de recorrer con la mente esa distancia infinita.

El tío Hipólito era quien me enseñaba el cielo cuando venía a pasar algunos días con nosotros en el campo. En el mes de agosto caen muchas estrellas... Mi hermana decía que si se formulaba un deseo completo mientras estaban cayendo, Dios lo concedía. Y, además, se pasaba rápidamente la mano por la cara para que la estrella, antes de apagarse, la hiciera más bella. Yo, cuando nadie me veía, me pasaba también la mano por la cara.

Me desnudé de prisa cuando oí que mi madre salía ya de su tocador, y apenas acababa de meterme en la cama cuando entró a darme las buenas noches.

Me gustaba mucho verla vestida así, como para ir al teatro: escotada, la falda amplísima y con el pelo recogido atrás en bucles que le cubrían la nuca. Le eché los brazos al cuello, pero me rechazó con un:

—Quita, que me despeinas —y agarrándome las manos me besó en la frente.

Respiré la ola de perfume que me envolvía, sentí la suavidad de su piel, la humedad de sus labios, el calor que le salía del pecho, y cerré los ojos para dormirme sin perder ninguna de aquellas sensaciones. Pero al salir cerró la puerta y me incorporé rápido, porque me acordé de que no quería dormir, quería estar en la fiesta.

La abrí con cuidado para no hacer ruido y volví a la cama.

En la penumbra del cuarto las cosas iban perdiendo su perfil real y adquirirían formas fantásticas, inquietantes unas, divertidas otras.

Me estaba entrando el sueño y hacía esfuerzos para no cerrar los ojos... La mesa y el quinqué se fundían en un animal entre caballo y pulpo que, mirándolo fijamente, volvía en seguida a ser mesa y quinqué. Las cortinas se alargaban en la oscuridad hasta tocar las manchas más oscuras de los cuadros y regresaban solas a su lugar. Había sillas que eran señoras hablando de sus modas y luego otra vez sillas. Pero en la que más cerca estaba de la cama, la ropa que acababa de quitarme fingía la cabeza de un monstruo informe, del cual lo más visible era la boca desdentada que sonreía de un modo espantoso. Tenía que mirarlo mucho para que la boca volviera a ser mi cuello de encaje y desapareciera el monstruo. Pero en cuanto me descuidaba, volvía. Cerraba los ojos un rato, los abría de sorpresa, y allí estaba. Los cerraba de nuevo, más rato, para no verle, y seguía. Al fin, de tanto cerrarlos, me quedé dormido.

Debí despertar con la risa aguda de doña María, la de la calle del Lobo, que así le decían por vivir desde hacía muchos años en ella y para distinguirla de la otra doña María, la de don Joaquín. Aunque no tenían nada en común más que el nombre. La del Lobo era gorda, guapa, encontraba bien todo lo que uno hacía y con el menor motivo, e incluso sin motivo aparente muchas veces, "soltaba el trapo", según su propia expresión. Había tenido un marido, muerto ya, que llevaba colgado del

cuello en un medallón de ónix y que más que marido parecía, por lo joven, hijo. Guapo también y muy delgado.

La otra doña María era todo lo contrario: flaca, antipática, de las que todo se lo saben y de pocas palabras, pero esas pocas subrayadas. A mí no me dejaba decir ninguna y, si lo intentaba, al punto me callaba con aquello de: "Los niños hablan cuando las gallinas mean." Era bastante ordinaria. Tenía en cambio un marido, don Joaquín, semejante a ella sólo en lo flaco, calvo, bueno y francés, que traía siempre el bolsillo de la levita lleno de caramelos. *Cagamelos*, decía él, y yo me moría de la risa.

Pues creo que desperté con la hilaridad vehemente de doña María la gorda (mi hermana y yo pensábamos que le iba mejor ese nombre que el del Lobo), porque en un principio sentí el mismo sobresalto que se siente al oír el timbre del despertador y, cuando me di cuenta de dónde estaba y de que seguía siendo de noche, era su voz la que se oía entrecortada aún por las recientes carcajadas.

Terminada la cena, las señoras, como de costumbre, habían pasado con mi madre a la sala, cuya puerta daba enfrente de la de mi cuarto, y los señores, con mi padre, fumaban en su despacho.

Yo, feliz, bien despierto y en medio de todo. Por el balcón estaba en el despacho y por la puerta en la sala.

La risa de doña María era por lo que decían de los baños de mar.

—Será el chape-chape de las mareas, hija —y volvía a reírse.

—Te digo que sí, mujer, son de un efecto admirable para la fecundidad y un preservativo prodigioso contra los malos partos —replicaba una de las tías.

—Son lo mejor para las afecciones nerviosas —empezó a decir mi madre—. El año pasado en Biarritz...

—Biarritz es una miserable aldea —silbó doña María la de don Joaquín, que del extranjero era lo único que conocía—. Mejor San Sebastián, que es una bonita ciudad y tiene mejor playa —añadió, porque era además nacionalista y beata.

—Establecimientos de baños los de Dieppe o Boulogne, con espaciosos salones decorados de columnas y pilastras, elegantes galerías, bellas plataformas, departamentos separados para señoras y caballeros, salas de baile, de música, de billar, de refresco...

La que así hablaba era la Marquesa, una amiga de mi madre algo vieja y pintada, pero muy elegante, que venía a buscarla todos los jueves en un landó abierto, de cuatro caballos y portezuelas blasonadas, para ir de paseo a la Casa de Campo. Paseos largos, de tres y de cuatro horas. Doña María la flaca decía que tenía amantes y la Marquesa que doña María era una cursi y que qué más quisiera.

—Las casetas de Biarritz...

—En Biarritz no hay más que unos miserables tugurios de madera que pueden echar pajas con las casetas rústicas de San Sebastián —cortó, seca, doña María la de don Joaquín, descargando sobre mi madre la rabia y el sofocón que con sus viajes le había causado la Marquesa,

La risa de la otra doña María, sin ningún motivo esta vez, permitió el paso a una conversación más general sobre modas.

A mí me aburrían... Me levanté al balcón. En el despacho, los señores jugaban un rocambo.

—Al uso de París —repetía de cuando en cuando don Joaquín.

Otros —a los amigos de mi padre los conocía poco cuando no eran maridos de las amigas de mi madre— hablaban de política, y de Metternich, y de Luis Felipe, y de guerras, y de tratados, y de presupuestos. Cosas que entonces no me interesaban nada y ahora poco.

Al rato dos nombres me hicieron aguzar los oídos. Eran como de circo: la Taglioni y la Fanny Elssler. Igual que si hubieran dicho la Berleimes y los Pájaros. Y luego lo comprobé:

—El *balloné* es la escuela de la Taglioni; es la ligereza combinada con la gracia; es la danza aérea y volátil —decía uno.

Y lo repetía: "volátil, volátil", imaginando a la Berleimes volando sobre su caballo, a los Pájaros volando entre los trapeacios, y a mi madre, de Paloma-Gavilán, volando en la cocina.

—El *taqueté* —decía otro— es la rapidez y la vivacidad; son los tiempos cortos sobre las puntas de los pies; en una palabra, es la Fanny Elssler.

—¿Es cierto que el zar le ha cubierto de joyas la cabeza y el cuello? —preguntó don Joaquín.

—¡Por Dios! —exclamaba mi padre—. Que hombres serios como ustedes pierdan su tiempo en bailoteos y bailarinas, haciendo cosas tan importantes de qué hablar y en qué pensar.

—¿Más importantes? Oiga, oiga usted lo que dice el diario y vea que en Europa piensan de otra manera —y alzando la voz, tanto que las de la sala callaron para escucharlo, leyó el del *balloné*:

“Las conferencias que en el pasado estío ha tenido la reina Victoria de Inglaterra...”

—¡Esa señora!! —interrumpió mi padre sin poderse contener.

El que leía se detuvo un momento y luego continuó:

“...ha tenido la reina Victoria de Inglaterra con los monarcas de Prusia, de Francia, de Bélgica, y con los príncipes soberanos de Baviera, de Sajonia y de diferentes Estados de Alemania, no han dado tanto que decir ni llamado tanto la atención de la Europa ilustrada (subrayaba mucho lo de *la Europa ilustrada*) como el gran certamen coreográfico, el gran baile ejecutado en el Teatro Real de Londres por la Taglioni, la Elssler, la Cerito y la Grissi reunidas, que equivale a decir las cuatro grandes potencias del arte.”

La Taglioni, la Elssler, la Cerito y la Grissi reunidas. Yo veía cuatro trapecios, cuatro blanquísimos caballos, cuatro penachos de plumas, cuatro faldas de tonelete y muchos vuelos, al *tacqueté* y al *balloné*.

Las señoras irrumpieron en el recinto de los señores. Todos hablaban al tiempo y era difícil seguir el hilo de la conversación, o los hilos, o el ovillo. Sólo distinguí claramente la voz fuerte y segura de la Marquesa que gritaba: “Es lo más grande que ha hecho esa cursi de la reina de Inglaterra”. Después, el girigay se hizo absolutamente incomprensible.

Me retiré del balcón, pero el sueño se me había ido por completo. En cambio, unas ganas de saltar, de volar, de subir a pulso, de dejarme luego caer en el suelo desde muy alto, sin hacerme daño, y saludar a todos con el puño cerrado, o haciéndolo como si fuera un caballo.

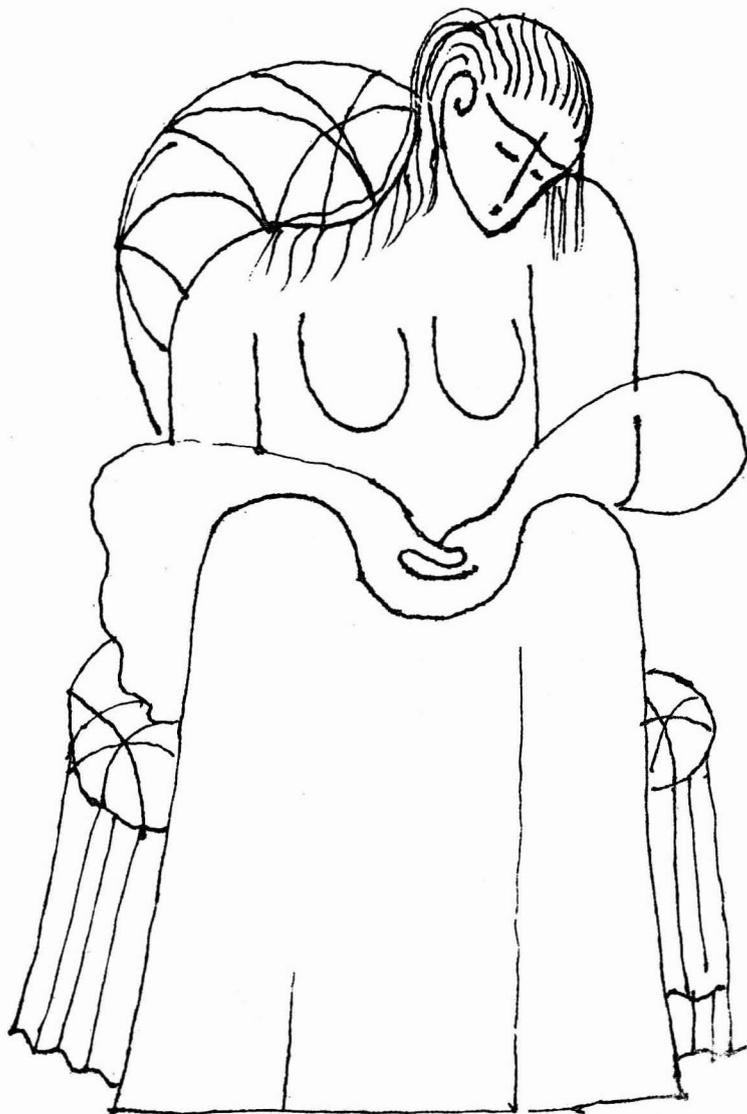
El montante de la puerta estaba abierto, la puerta también, y entre montante y puerta, el listón del dintel era la barra de un trapecio que me llamaba a gritos.

Entregándome sin miedo a mi destino salté a la cama, de ella al buró, y trepando por la cortina logré colgarme del marco de la puerta. Fui corriéndome con las manos poco a poco, a pulso como el Pájaro mayor, para quedar bien en medio, y comencé a balancearme.

Veía el techo cerca, lejos el suelo y sin red.

¡Qué ganas de que me admiraran!

Luego levanté las piernas y, pasándolas entre los brazos, las doblé sobre mi trapecio. Faltaba lo más difícil: Solté con miedo



1. Amos 65.

una mano primero, después la otra, y quedé cabeza abajo bien colgado de las piernas.

“Ahora sí que deberían verme”, decía para mí. “Si mañana les cuento no lo van a creer y ni pensar en que me dejen trepar por la cortina.” Me hubiera gustado gritarles: “Señoras, señores, vengan y vean al gran Metternich en su difícilísimo número del Murciélago. (No sé por qué me salió de repente aquello de Metternich y el Murciélago, un nombre y un bicho que siempre me habían parecido diabólicos.) Pensé luego que fue en ese momento cuando se me empezó a meter el diablo que dijo doña María la de don Joaquín que sin duda tenía yo en el cuerpo.

Por los pasos reconocí a mi madre que se acercaba. Quise bajar, pero no logré volver a la postura inicial. Lo único que pude hacer fue encoger los brazos para que no me descubriera cuando se detuvo en la puerta misma, sorprendida de no verme en la cama ni en la estancia.

Y fue entonces cuando se me ocurrió la idea fatal. Lanzando un huuuuuuuuuu lo más largo y tenebroso que me fue posible, alargué las manos y le agarré de los bucles para darle un susto.

No fue un grito, fue un aullido, un chillido lo que salió de su pecho, levantó la cabeza y debió de verme horrible porque cayó sin sentido al suelo.

Acudieron todos al grito, trajeron luces y trataron de reanimarla. Pero fue peor, porque entonces comenzaron las convulsiones, el castañetear de dientes, el arrojar espuma por la boca, el rasgarse su vestido, el darse golpes en la cabeza.

Yo, mientras tanto, aterrado, colgado, y sin poderme bajar.

Fue don Joaquín el primero en descubrirme. Le hice un gesto de silencio llevándome el dedo a la boca... No podía ser.

Me descolgó mi padre y en cuanto estuve en el suelo recibí de su mano la primera y única bofetada que me ha dado.

Desde entonces cambió la vida para todos en la casa. Mi madre se pasaba el día encerrada en su cuarto, yo escondido debajo de las mesas y las camas. Me buscaban durante horas para darme de comer y yo no quería, por matar al demonio que llevaba dentro.

Me miraban como a un apestado. Sólo mi padre, después de la bofetada, había vuelto a ser conmigo el de siempre. Los demás eran secos, no me hablaban casi y yo me sentía culpable, culpable de tanto dolor, culpable de tanto dolor, culpable de tanto dolor... repetía sin cesar con la esperanza inútil de que las palabras se convirtiesen, como los trillones de días, en algo diferente, en algo en que no hubiera ni culpa ni dolor.

Mi madre pasó una temporada larga de mejorías y recaídas. Si recibía un pescozón, ya sabía yo que las cosas andaban bien. Pero nunca volvió a ser la de antes. Ni en sus momentos mejores.

Pasamos un verano tranquilo en el campo y creímos que se había repuesto por completo, mas cuando llegó el invierno volvieron los ataques y las temporadas de abatimiento que les seguían, cada vez más largas.

La Paloma-Gavilán no era ya gavilán ni paloma; se había convertido en una especie de niña asustadiza y delicada. Cuando me di cuenta de ello se me salió el demonio del cuerpo, porque el dolor dejó de ser ajeno para ser mío propio. Me pasaba las horas muertas en su cuarto, contemplándola, lleno de pena y lleno de amor.

Un día se la llevaron y no supe más de ella, hasta que otro día, pasado mucho tiempo, me vistieron de negro sin decirme nada. Y supe, pero tampoco dije nada.

Al ver la tira grande de papel rosa que anunciaba el circo Bernard con el mismo programa de hacía quince años, tuve por un momento la tentación de volver a vivir aquella tarde, pero deseché en seguida la macabra idea. Seguí mirando las carteleras a ver si en los teatros daban algo divertido. Tenía ganas de festejar mi santo. ¡Ah!, porque se me olvidaba decir que yo también me llamo Pedro, como mi padre, Pedro Zobrián y Passerini, ahora puedo decirlo completo, antes hubiera dicho solamente Pedro Zobrián, porque en el colegio mis compañeros se reían cuando oían mi segundo apellido: “Passerini, Passerini, italianini, macarronini”, gritaban, y a mí me parecía que se burlaban de mi madre. Por eso lo ocultaba. Hasta que entré en la universidad; el primer día de clase pasaron lista, eran muchos nombres, muchísimos más que en el colegio, unos raros y otros no, yo estaba al final de la lista, en la Z, y cuando oí “Don Pedro Zobrián y Passerini”, ninguno dijo nada y el *ini* flotó por un instante en el aire perfumando el aula con un recuerdo de olor a pistacho. Ese pistacho que ya nadie más volverá a hacer. Desde entonces firmo siempre Zobrián y Passerini.